C[illegible]O GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

POBRE IMPORTUNO.....

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

POBRE IMPORTUNO.....

PROVERBIO EN UN ACTO.

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe la noche del 15 de Octubre de 1860.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

AL DISTINGUIDO ACTOR D. MARIANO FERNANDEZ.

No es una dedicatoria lo que á Vd. ofrezco, sino una prueba de gratitud por el interés que le ha inspirado este proverbio; pues nadie que se tome la molestia de leerlo, dudará que ha debido su éxito más al talento con que usted ha sabido darle animacion y vida, que á las escasas facultades que en él ha desplegado

EL AUTOR.

PERSONAS.

CAROLINA.	SRTA. BOLDUN (DOÑA ELISA.)
DON NARCISO.	SR. FERNANDEZ. (D. M.)
DON FERNANDO.	SR. MONTAÑO.
DON LUIS.	SR. CASAÑÉ.
JUAN.	SR. CALVO.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala amueblada con bastante lujo.—Puertas á derecha, izquierda y foro.

ESCENA PRIMERA.

DON NARCISO.—JUAN.—Entran por el foro; el segundo como conteniendo al primero.

JUAN.

Pero, caballero, he dicho á usted que mi amo está ocupado, que no puede recibir á nadie.

NARCISO.

Anda, doméstico, criado ó fámulo, anda y dí á tu amo que don Narciso Machaca le está esperando, y es seguro que te dobla el salario, ó sea sueldo, ó llámese soldada, en gracia de la buena noticia, del venturoso parte, de la dichosa nueva. Anda, y puesto que el dinero, á quien llaman algunos el vil metal, es á pesar de todo la palanca de Arquimedes que conmueve al mundo, toma este duro (Saca uno del bolsillo.) para refrescar á mi salud, cuando el lucero vespertino anuncie que el sol, monarca de la luz, padre del dia, ha marchado á alumbrar otro hemisferio. Toma, recibe, guarda, embolsa. (Le dá la moneda que sacó antes.)

JUAN.

Muchísimas gracias.

NARCISO.

Conque, ea, estás dispuesto á complacerme, servirme y alegrarme, avisando á tu amo?

JUAN.

Lo haré al momento. Tiene usted una manera de insinuarse...

NARCISO.

Ah! picarillo. (Me interesa tenerlo contento.) (De pronto como cediendo á una idea.) Toma otro duro. (Se lo dá.)

JUAN.

Otro! (Tomándolo y guardándolo con admiracion.)

NARCISO.

Sí, otro, porque voy á exijir de tí otro servicio.

JUAN.

Mande usted, señorito.

NARCISO.

Ves esta carta, epístola ó billete? (Enseñándole una que saca del bolsillo.)

JUAN.

Sí por cierto.

NARCISO.

Pues es nada menos que una declaracion en toda forma, que tú vas á entregar hoy mismo á tu señorita.

JUAN.

Pero caballero...

NARCISO.

Has dicho bien, soy caballero, y de los buenos de Extremadura; pero no debes prodigar ese dictado, porque al fin y al cabo, nadie lleva en la frente su árbol genealógico: ¿sabes tú lo que es un árbol genealógico?

JUAN.

No señor, pero acaso sea uno que trajeron de América el año pasado y que mi amo ha puesto en la estufa de su quinta de Carabanchel.

NARCISO.

Oh ignorancia! Oh falta de instruccion! Oh carencia absoluta de conocimientos!

JUAN.

Qué, no cree usted que mi amo tenga ese árbol que dice?

NARCISO.

No: la aristocrácia del dinero, á que tu amo pertenece, prefiere los pinos porque dan madera, y los naranjos porque producen fruta. Pero no perdamos más tiempo; entregarás esta carta?

JUAN.

Considere usted que me expongo á que me despidan...

NARCISO.

Aleja de tí el miedo, destierra el temor, ahuyenta la cobardía y sacude el pasmo.

JUAN.

Si el señor llegára á saberlo.

NARCISO.

Pues yo lo creo que lo sabrá. Quieres tú que yo me case con la hija sin que lo sepa el padre? Porque yo me casaré, es seguro, me casaré con ella, pues estoy más enamorado que el Petrarca lo estuvo nunca de su incomparable Laura, más que Rafael de la Fornarina, que D. Quijote de Dulcinea, que Villamediana de la mujer de Felipe IV, que Doña Juana la loca de su esposo D. Felipe, y que....

JUAN.

Basta, basta, señor, entregaré la carta. (Este hombre es capaz de marear al caballo de bronce de la Plaza mayor. (Toma la carta.)

NARCISO. (Abrazándole con exajerada alegría.)

Conque la entregarás? Oh! incomparable jóven, tu nombre se verá con el tiempo esculpido en mármoles y en bronces; tú figurarás en el catálogo de los bienhechores, á quienes la humanidad vive agradecida.

JUAN.

Pues voy á avisar al amo y luego cumpliré con el otro encarguito.

NARCISO.

Anda con Dios, y cuenta siempre con mi gratitud, con mi reconocimiento, con mis simpatías, con mi proteccion y con mi cariño. (Sale Juan por la derecha.)

ESCENA II.

DON NARCISO.

Pues señor, decididamente soy el prototipo de la dicha, el almacen de la felicidad, el blanco á que dirije sus tiros la bienandanza, la encarnacion ambulante de la ventura. Llego desde mi pueblo á esta coronada villa, con objeto de poner en escena el magnífico drama que ha sido el producto de mis vigilias de un año; el mismo dia de mi llegada me dirijo al Prado y conozco en él á la más linda y encantadora de las muchachas encantadoras y lindas; me enamoro perdidamente, la sigo, averiguo que vive en esta casa, indago quién es su familia, y.. Oh, fortuna! Diosa inconstante de los enamorados y de los ladrones! mi Cloris es nada menos que la hija del empresario en cuyo teatro quiero poner mi drama. Desde que obtuve estas noticias, es decir, desde hace cinco dias, tengo bloqueada esta casa con un rigor de que no hay ejemplo en la historia de las guerras antiguas, ni modernas; y provisto de una tarjeta de recomendacion que me ha dado un amigo, hombre influyente en asuntos de bastidores, me presento hoy aquí de donde no pienso salir sin la doble representacion de autor dramámatico y de marido, á despecho de rivales y de camarillas. El médico de Badajoz dice que en Madrid es preciso no dejar los asuntos de la mano, y yo no pienso descansar un minuto hasta ver felizmente terminados los mios. Hablaré, rogaré, peroraré, pronunciaré discursos y me proveeré de un escudo, donde se emboten los contratiempos, en el que pondré por tema aquel adagio que dice: *Pobre importuno saca mendrugo.*

ESCENA III.

DON NARCISO.—DON FERNANDO, que sale por la puerta de la derecha, seguido de JUAN, el cual á una seña de su amo sale por la puerta del foro.



NARCISO.

Tengo el gusto, la distincion, el placer, la honra de hablar á?.....

FERNANDO.

Don Fernando Valverde...

NARCISO.

Rico capitalista y empresario?...

FERNANDO.

Precisamente.—En qué puedo?...

NARCISO.

Servirme? Oh! en mucho, señor don Fernando, en mucho.

FERNANDO.

Puede usted hablar.

NARCISO.

Lo haré al momento, en el acto, instantáneamente. Yo soy don Narciso Machaca: nací en Extremadura...

FERNANDO.

Si no fuera absolutamente preciso tomar la historia desde tan lejos!....

NARCISO.

Comprendo, me impongo, me entero, y voy á complacer á usted, á obedecerle, á servirle. Pues señor, yo soy muy dado á trabajos literarios y he compuesto...

FERNANDO.

Un diccionario de sinónimos?

NARCISO.

No, un drama, es decir, una composicion del género dramático, y he venido á la córte con objeto de hacerla representar. En ello no me mueve el afan del lucro, pues mi fortuna, aunque pequeña, me basta para cubrir las modestas necesidades de mi vida.

FERNANDO.

Y bien, caballero?...

NARCISO.

Mi drama, sin lisonja, es la obra que usted necesita para dar vida á su teatro; es una obra de circunstancias en que mueren diez ó doce personas, cuyo número puede aumentarse todavía en caso de que á usted le parezcan pocas: puede usted juzgar por su título, se llama *El fusil rayado.*

FERNANDO.

Zape!

NARCISO.

Y en el caso de que usted lo aceptára, admitiera y pusiera en escena, yo escribiría una pieza cómica para representar en la misma noche como fin de fiesta. Una cosa de chiste, de gracia, de *vis* cómica: *El rewólver* podrá titularse.

FERNANDO.

Con lo cual mi teatro dejaría el nombre que lleva para llamarse el arsenal, no es esto?

NARCISO.

Es una idea luminosa.

FERNANDO.

(Este hombre está loco.)

NARCISO.

Conque dígame usted, se admite ó no el drama?

FERNANDO.

Sin haberlo leido no puedo decir á usted...

NARCISO.

Es la mismísima verdad, tiene usted razon que le sobra, está usted en su derecho, es más, en su deber, si señor, en su deber de empresario y de padre de familia, por cuyos dos conceptos debe usted procurar antes de admitir una obra, cerciorarse, enterarse, asesorarse, persuadirse y convencerse de que siendo digna del público, los intereses de la entidad, llamada empresa, no serán lastimados ni perjudicados, ni sufrirán el menor descalabro.

FERNANDO.

Veo que es usted un hombre que se hace cargo de la razon.

NARCISO.

Oh! la razon, la razon, yo soy muy partidario de la razon, y sin embargo de que no apruebo el que los franceses la elevasen á la categoría de diosa, no me pesaría verla nombrada reina del mundo.

FERNANDO.

Ni á mí tampoco. (No le falta talento.)

NARCISO.

Por lo demás, usted puede juzgar de mi drama, por alguna espli-

cacion que yo le haga, sin perjuicio de que lo lea luego. El drama, puede decirse que es la historia de lo que vá de siglo.

FERNANDO.

(Aprieta!)

NARCISO.

Tiene un prólogo que es el sitio de Zaragoza, con su acompañamiento de jota aragonesa, de bailes, músicas, balas y disparos de artillería. Debe hacer un efecto magnífico, y con él me propongo recordar la union y el esfuerzo de los españoles, para defender la integridad, independencia y dignidad pátria de su suelo.

FERNANDO.

Perfectamente, pero...

NARCISO.

Oiga usted. En los actos primero y segundo pinto las disensiones civilés que nos han trabajado; el primero termina con la toma del Trocadero por los cien mil hijos de San Luis que vinieron á destruir nuestras libertades; y el segundo representa en su último cuadro el abrazo de Vergara, dichoso término de la guerra de los siete años.

FERNANDO.

Adelante.

NARCISO.

Vamos al tercero y último acto: en él pinto la postracion en que se hallaba España hace algunos meses, la injúria que nos hicieron las bárbaras tribus marroquíes, y la indignacion de toda la Península. El final del acto representa el salon del Congreso, en el momento de declararse la guerra al Impèrio del otro lado del Estrecho.

FERNANDO.

Y acabóse el drama?

NARCISO.

No señor, le he puesto un epílogo que representa el 11 de mayo, la entrada en Madrid del ejército de Africa. Los batallones, escuadrones y baterías, desfilarán en columna de honor y al paso de carga, en presencia del público: en lontananza las salvas de artillería armonizarán con los magestuosos acordes del *Te-deum laudamus*, y con los ecos de la marcha real. En segundo término aparecerá una decoracion alegórica que represente la España triunfante, á cuyos

piés los partidos deponen sus armas ; y el todo estará iluminado por luces de bengala, con acompañamiento de cohetes, bombas y otros fuegos de artificio.

FERNANDO.

De modo que segun creo, el principal personaje de ese drama debe ser la pólvora?

NARCISO.

Ella es, á despecho de las sociedades de la paz, la que resuelve todas las cuestiones.

FERNANDO.

Efectivamente. Pero me ocurre una idea.

NARCISO.

Diga usted.

FERNANDO.

Cómo en tantas batallas, asaltos y escaramuzas, no mueren más que diez ó doce personas, segun usted me ha dicho antes?

NARCISO.

Le diré á usted, al hablar de personas no comprendia á los comparsas y acompañamientos; me referia solo á las personas que hablan.

FERNANDO.

Ah! comprendo: para usted las personas que no hablan no son personas.

NARCISO.

Conque quiere usted leer mi drama?

FERNANDO.

Traígale usted.

NARCISO.

A propósito, mi amigo Don Luis Tellez me ha dado para usted esta targeta de recomendacion. (Dá á Don Fernando una targeta.)

FERNANDO.

Está muy bien : Don Luis es persona á quien sentiría negar un favor, y su recomendacion me obliga más y más á atender á un hombre como usted, ya de suyo bastante recomendable.

NARCISO.

Tanta honra, tan inmerecido favor me llena de gratitud, de confusion, de...

FERNANDO.

Cuándo volveremos á vernos?

NARCISO.

Dentro de un momento volveré aquí con mi drama.

FERNANDO.

Como usted guste. Escuso decirle que esta casa es muy suya.

NARCISO.

Gracias, vivo en esta misma calle, número veinte y siete, y allí puede usted mandarme. Hasta luego. (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

DON FERNANDO.

Gracias á Dios que me veo libre de semejante taravilla. Qué hablar! Qué apedreo de palabras! Y lo peor del caso es que vá á volver dentro de un momento á espetarme su drama, cuando tengo precision de estar en el teatro para la lectura de otro! Y á un hombre recomendado por Tellez, cómo le hago un desaire! Tellez, el primer crítico de Madrid! Es imposible, nada, llamaré á Carolina, la encargaré que lo reciba y le ruegue que aguarde mi vuelta: es lo mejor. Carolina! (Llamando hácia la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DON FERNANDO.—CAROLINA por la izquierda.

CAROLINA.

Qué quieres, papá?

FERNANDO.

Oye, hija mia, yo tengo que ir al teatro dentro de un momento, y al mismo tiempo desearía quedarme en casa.

CAROLINA.

Cómo puede ser eso?

FERNANDO.

En el teatro me deben leer un drama y aquí me amenaza otro, recomendado por una persona á la cual no puedo hacer un desaire.

CAROLINA.

Pues es preciso faltar á una de las dos citas.

FERNANDO.

He pensado que tú recibas al hablador más furibundo de todos los habladores, que es el que dentro de poco estará aquí con su obra, en tanto que yo en el teatro...

CAROLINA.

Entiendo, entiendo, me haces empresaria por algunos minutos.

FERNANDO.

Justamente.

CAROLINA.

Te prometo ser digna de ese empleo.

FERNANDO.

Eso es, mucho juicio y. .

CAROLINA.

Y en pago de mis honorarios me comprarás un vestido.

FERNANDO.

No es barato el servicio.

CAROLINA.

Tampoco se encuentran todos los dias un secretario como yo.

FERNANDO.

Es verdad, hija mia.

CAROLINA.

Conque aceptas?

FERNANDO.

Es cosa convenida. Adios, voy á tomar mi sombrero y saldré á la calle por la otra puerta; saliendo por esta, temo encontrar al autor consabido y entonces no despacho en todo el dia.

CAROLINA.

Sin contar con que sería usurparme mis derechos.

FERNANDO.

Adios, hija mia. (La besa en la frente.)

CAROLINA.

Adios.

ESCENA VI.

CAROLINA: *á poco* JUAN.

CAROLINA.

Pues señor, héteme aquí convertida en empresaria. Veremos qué tal se esplica el autor de ese drama que debo recibir.

JUAN.

Señorita. (Entrando.)

CAROLINA.

Qué quieres?

JUAN.

Usted me perdonará, señorita, pero me han entregado para usted una carta.

CAROLINA.

Y no la has recibido?

JUAN.

Si señora. (Me parece que no la disgusta.)

CAROLINA.

A ver, venga.

JUAN.

Tome usted. (Le dá una carta.)

CAROLINA.

Bien, déjame sola.

JUAN.

(Decididamente, creo que hubiera hecho mal en no entregar la carta. Estas niñas del dia!...) (Sale por el foro.)

ESCENA VII.

CAROLINA.

De quién será esta carta? No conozco la letra. (La abre.) Veamos: (Leyendo.) «Señorita, el amor es tan antiguo como el mundo: Adan,

»nuestro primer padre, es tambien el primero que gimió bajo el »dulce yugo de esa pasion dominadora, y se asegura que fué por Eva »tiernamente correspondido.» (Declamando.) Ya lo creo: como que en el Paraiso no habia otro hombre. (Leyendo.) «Si Adan amó como apa»rece probado y puesto fuera de duda, qué extraño es que yo enlo»quezca de amor? Nada, menos que nada, pues me atrevo á asegu»rar que el universal padre de los humanos no hizo más que amar, »porque no conoció mas mujer que á Eva, que al fin era rúbia, y »como tal debia ser sosa; pero á haber visto la chispeante fisonomía »de usted, se hubiera vuelto por usted loco, como lo está su apa»sionado—Narciso Machaca.» (Declamando.) Narciso Machaca! No recuerdo haber oido este nombre. Y qué carta tan extraña. Solo habla de Adan y de su amor á Eva y... Sin embargo, el final es ingenioso y galante. Qué diria al leer esto ese ente que hace cinco dias me sigue en calles y paseos, que encuentro parado delante de mi balcon al levantarme y que estoy segura de hallar en el mismo sitio si me asomo á media noche? Pero... no debo ocuparme de nada de esto: el centinela de mi balcon no es feo, pero al fin se cansará de llevar plantones sin provecho alguno, y en cuanto á este, acaso ha querido darme una broma con esta epístola, que por lo original no deja de hacerme gracia. Mas alguien viene. Será el autor dramático.

ESCENA VIII.

Dicha.—DON NARCISO.



NARCISO.

Estoy á los pies de usted. (Qué linda!)

CAROLINA.

Beso á usted la mano. Ay! (Esta exclamacion debe hacerla al ver á don Narciso en quien al pronto no ha reparado.)

NARCISO.

Qué es eso? Se ha pinchado usted, señorita? Publicaré un artículo, disertacion ó memoria para que los alfileres sean prohibidos, desterrados, aniquilados y suprimidos.

CAROLINA.

(Es mi sombra de hace cinco dias.)

NARCISO.

Su papá de usted no está en casa, me lo ha dicho al entrar el criado, que me ha dado tambien la grata nueva de que usted habia sido encargada por el autor de sus dias de recibirme en su nombre.

CAROLINA.

Efectivamente. (Qué lenguaje tan retumbante.) Usted tiene un drama?... (Ya empiezo á ser empresaria.)

NARCISO.

Sí señora: de un drama precisamente es de lo que quiero hablar á usted. El escenario es mi corazon, los ojos de usted son los actores.

CAROLINA.

No entiendo.

NARCISO.

Desde nuestro padre Adan, bellísima señorita, el mundo suspira bajo el suave yugo de amor.

CAROLINA.

(Ay! éste tambien habla de Adan: si será el autor de la carta?) Su nombre de usted, caballero?...

NARCISO.

Soy para lo que usted guste mandar, Narciso...

CAROLINA.

Machaca?

NARCISO.

El mismo que viste y calza. Pero usted me conoce, usted me hace el honor de saber mi nombre, usted me dispensa la gracia de no ignorar la mia?

CAROLINA.

Ese recuerdo de nuestro padre Adan...

NARCISO.

Es verdad; usted conocia mi estilo: es así que un poeta francés ha dicho que el estilo es el hombre, luego usted conocia al hombre, yo no era para usted desconocido. Hé aquí por qué la lógica la con-

sidero yo como uno de los conocimientos más indispensables; en pocas palabras nos hemos entendido perfectamente.

CAROLINA.

(El se entenderá, porque lo que es yo estoy á oscuras.)

NARCISO.

Luego usted ha leido mi carta?

CAROLINA.

Si señor, siendo usted ese que dice.

NARCISO.

Oh ! eso yo lo probaré con pruebas tan terminantes, con razones tan concluyentes y con argumentos tan incontestables, que fueran capaces de confundir, anonadar, aniquilar y reducir á polvo al mismísimo Demóstenes, al propio Ciceron y al autógrafo Julio César.

CAROLINA.

(Qué flujo de palabras! Y no es feo!) Pero y el drama, caballero, y el drama?

NARCISO.

Es verdad, se me habia olvidado; pero yo no quiero hablar con usted de dramas, ni de tragedias: ante usted desaparece el autor y se presenta el hombre. El hombre, sí, el hombre, que al ver á usted por primera vez en el Prado, olvidó los asuntos que á Madrid le traian y se ocupó solo de usted.

CAROLINA.

Pero considere usted que si mi papá le oyera.

NARCISO.

Diria lo que tuviera por conveniente, pero no me haria cejar un paso de mi propósito, ni él, ni todo el mundo reunido; porque yo estoy por usted loco de amor, y solo vengo á decirla; señorita, yo tenia juicio y lo he perdido, yo tenia sentido comun y creo que no lo tengo, yo era un hombre razonable y temo ser pronto una segunda edicion de Nabucodonosor; todo esto lo he perdido porque usted se dignó mirarme una vez en el paseo: ahora bien, yo vengo aquí á que usted me haga encontrar mi juicio, á que me devuelva mi sentido comun, á que me entregue mi racionalidad.

CAROLINA.

Pero sosiéguese usted, señor don Narciso, y sírvase al menos esplicarme...

NARCISO.

No prosiga usted. Adivino la heregia que iba á salir de esos purpurinos lábios. Esplicaciones! El amor no se esplica, se siente, y si usted no ha de sentirlo, dígalo de una vez, me arrojaré al canal esta tarde y usted será la causa de mi suicidio.

CAROLINA.

Pero por Dios, tenga usted un poco de calma.

NARCISO.

Calma, cuando me veo próximo á recibir un desaire, cuando pienso ahogar mis ilusiones? Y dónde? en el canal, es decir, en el cieno.

CAROLINA.

Pero yo no he desairado á usted, caballero; yo ni siquiera he contestado á sus proposiciones que tanto me honran; usted no me ha dejado intercalar una sola palabra, entre la nube de ellas que ha proferido; y así, no tiene usted motivo para desesperarse.

NARCISO.

Es verdad. Con que no quiere usted ser homicida?

CAROLINA.

Tengo tan feroz la cara?

NARCISO.

La tiene usted más angelical que las que concibiera en sueños el mismo don Bartolomé Murillo.

CAROLINA.

Entonces...

NARCISO.

Puedo esperar?

CAROLINA.

Espere usted.

NARCISO. (Arrodillándose y besando las manos á Carolina.)

Ah! Gracias una y mil veces.

CAROLINA.

Caballero!

NARCISO.

Permítame usted, señorita, permítame usted exhalar en estos tiernos ósculos el amor que inflama mi alma. (Vuelve á besarla á tiempo que entra don Fernando por el foro. Carolina huye por la derecha, don Narciso continúa arrodillado.)

CAROLINA.

Mi padre!

ESCENA IX.

DON NARCISO.—DON FERNANDO.

FERNANDO.

Me querrá usted esplicar, caballero, qué es lo que acabo de ver?

NARCISO.

Entendámonos, señor don Fernando, si usted no ha visto nada yo le esplicaré cuanto quiera; pero si usted ha visto...

FERNANDO.

Más de lo que quisiera.

NARCISO.

Pues en ese caso, me parece (Levantándose.) que la cosa no necesita esplicaciones.

FERNANDO.

Acabemos.

NARCISO.

Acabar! Me parece, que salvo la opinion de usted, aun no hemos empezado.

FERNANDO.

Pues empecemos. Qué hacia usted á los piés de mi hija?

NARCISO.

Hombre, estaba á sus piés. Es una posicion como otra cualquiera.

FEBNANDO.

(Voy á tirarle por una ventana). Pero cuál era su objeto de usted? Eso es lo que yo quiero saber. (Sacudiéndole del brazo.)

NARCISO.

Me ha desconcertado usted el brazo.

FERNANDO.

Habla usted ó...

NARCISO.

Allá voy, allá voy, hablaré, ese es precisamente mi elemento. Pues señor, la actitud en que usted me ha sorprendido es el cuadro final del segundo acto de mi drama, cuando el galan dice á doña Estrella:

Si tu amor no me acuerdas al momento
me voy á convertir en un jumento.

FERNANDO.

Caballero, se está usted burlando?

NARCISO.

Yo no me burlo nunca, señor mio: la burla me parece una careta infame para ocultar el insulto, cuando el que lo hace no se atreve á arrostrar las iras del que lo recibe.

FERNANDO.

En ese caso.

NARCISO.

Sé lo que vá usted á decirme. Usted me quiere proponer un duelo: hará usted mal, porque como en mi pueblo no tengo mas distraccion que el tiro de pistola, donde pongo yo el ojo pongo la bala. Pero no tema usted que yo no aceptaré ese desafío porque no quiero seguir el ejemplo de Rodrigo de Vivar, matando al padre de mi Doña Gimena. Me entiende usted?

FERNANDO.

Absolutamente nada.

NARCISO.

Lo siento.

FERNANDO.

Pero en fin, he visto á usted besar la mano de Carolina, y creo que me dará una razon capaz de satisfacerme.

NARCISO.

¡Oh! sí señor, capaz, muy capaz, capacísima. El beso, ó por mejor decir, los besos que imprimí en la hermosa mano de Carolina... se llama Carolina? Es un bonito nombre. Pues aquellos besos eran solamente la expresion de mi amor, y si usted por ellos cree algo dete-

riorada aquella mano deliciosa, no tiene usted más que concedérmela, que yo la aceptaré de muy buen grado. He dicho.

FERNANDO.

Pero sabe usted lo que me pide?

NARCISO.

Sí señor, una cosa que usted debia estar preparado á que le pidieran cualquier dia.

FERNANDO.

Pero ella.

NARCISO.

Ella se dejaba besar la mano.

FERNANDO.

Sí, sí, lo he visto...

NARCISO.

Pues entonces...

FERNANDO.

Usted cree que le corresponde?

NARCISO.

Supongo que no le falta mucho para ello.

FERNANDO.

Pero la ha visto usted antes de ahora?

NARCISO.

Hace dias que tengo su imágen grabada en mi corazon.

FERNANDO.

De modo que lo del drama solo era un pretesto?

NARCISO.

No señor, y en prueba de ello aquí está el manuscrito. (Saca del bolsillo del gaban un manuscrito bastante abultado.)

FERNANDO.

Lo leeré. (Tomándolo y dejándolo encima de la mesa.)

NARCISO.

Y de lo otro?

FERNANDO.

Hablaremos... Yo no puedo decidirme tan pronto.

NARCISO.

Es cierto, y doy á usted mil gracias por su bondad, por su amabilidad, por...

FERNANDO.

Alguien viene, espere usted en ese gabinete y luego...

NARCISO.

Entiendo. Esperaré en él hasta el dia del juicio por la tarde. (sale por la izquierda.)

ESCENA X.

DON FERNANDO.—DON LUIS.

LUIS.

Amigo mio!

FERNANDO.

Don Luis. (Se dan las manos.)

LUIS.

Vengo á dar á usted mil escusas, por no haber podido asistir á la cita que teniamos en el teatro.

FERNANDO.

En él he recibido su recado de usted, en el que me decia que por haberse puesto enfermo el autor, no podiamos hoy leer el drama consabido.

LUIS.

Es así, y tanto él como yo esperamos que nos dispense esta falta involuntaria.

FERNANDO.

No hablemos de ello.

LUIS.

Como usted quiera.

FERNANDO.

Y á propósito de dramas, hoy he tenido aquí un sujeto tambien recomendado por usted.

LUIS.

Ah! Sí. Narciso Machaca: somos del mismo pueblo, y su padre era íntimo del mio.

FERNANDO.

Y qué clase de hombre era ese Machaca?

LUIS.

Ay! amigo mio, es un hombre admirable, es una de esas naturaleza privilegiadas, que no tienen más que desear una cosa para conseguirla.

FERNANDO.

(Caramba!)

LUIS.

Si señor, yo estoy persuadido de que no se ha descubierto aun el movimiento contínuo, porque Machaca no se ha propuesto descubrirlo.

FERNANDO.

Pero cómo es eso?

LUIS.

Le diré á usted: don Narciso se propone cualquiera cosa: que le ejecuten su drama por ejemplo; viene á ver á usted, no le encuentra, vuelve y usted no le recibe, esto le sucede cien veces seguidas, pero él no se apura, se sienta en el primer tramo de la escalera y allí cada vez que usted pasa, tiene que oir una escena de su obra, en paseo le asedia á usted del mismo modo, y en el café no le deja tampoco estar sosegado; con los actores hace lo propio, de manera que á los ocho dias ha conseguido leer su obra á todos los empleados del teatro. Entonces él hará que los periódicos hablen de ella hasta que al fin por quitárselo de encima, se decidirá usted á complacerle; y llegado este caso, como él se haya propuesto que el drama tenga buen éxito, yo le creo capaz de catequizar uno por uno todos los espectadores á fin de que lo llamen á la escena.

FERNANDO.

Qué exajeracion, mi amigo don Luis.

LUIS.

Usted se convencerá de lo que digo. El tiene por lema aquel adagio que dice: «*Pobre importuno...*

FERNANDO. (Interrumpiéndole.)

Saca mendrugo, no es esto?

LUIS.

Precisamente.

FERNANDO.

Pero es el caso que el mendrugo que se ha propuesto sacar de mi casa, es nada menos que la mano de Carolina.

LUIS.

De veras?

FERNANDO.

Acaba de pedírmela con la mayor formalidad.

LUIS.

Ah! pues la obtendrá, no hay duda, la obtendrá.

FERNANDO.

Pero qué clase de hombre es?

LUIS.

Su familia es distinguida, y su fortuna, si bien no es grande, tampoco le pone en el caso de casarse por interés.

FERNANDO.

Hola! hola!

UIS

En cuanto á honrado no hay tacha que ponerle.

FERNAND

Pero, hombre de los diablos, usted me lo está recomendando, como si quisiera tambien que lo admitiese por yerno.

LUIS.

Como que si se lo ha propuesto, estoy persuadido de que lo será.

FERNANDO.

Ó no.

LUIS.

El logrará hacerse querer de Carolina...

FERNANDO.

Eso me temo que ya lo haya logrado.

LUIS.

Pues siendo así, no debe usted oponerse.

FERNANDO.

Allá veremos.

LUIS.

Yo le prometo á usted que una vez casado con Carolina, no podia encontrar un agente más activo para sus negocios.

FERNANDO.

Eso lo voy creyendo. Y qué me dice usted de su drama?

LUIS.

Su drama podria aceptarse como obra de relumbron y de aparato.

FERNANDO.

Lo mismo he pensado yo, y creo que habremos de ponérselo aunque solo sea por librarnos de la persecucion que segun usted nos amenaza.

LUIS.

Hará usted bien.

FERNANDO.

Ahora veremos qué tal se esplica mi hija. (Llamando hácia la puerta de la derecha.) Carolina!

ESCENA XI.

DICHOS.—CAROLINA.

CAROLINA.

Papá? Señor Don Luis.

LUIS.

Señorita...

FRRNANDO.

Hija mia, nuestro amigo el señor de Tellez me ha hablado detenidamente de Don Narciso Machaca; sus circunstancias no son sobresalientes... sin embargo, está lejos de ser un hombre despreciable.

CAROLINA.

Ah! no, no es despreciable. (Con ingenuidad.)

FERNANDO.

Hace poco me ha pedido tu mano.

CAROLINA.

Y á mí me la ha tomado.

FERNANDO.

Lo he visto.

LUIS.

(La niña no le hace ascos.)

FERNANDO.

Y bien, qué me dices?

CAROLINA.

Yo... dice que va á tirarse al canal.

FERNANDO.

Y tú qué dices á eso?

CAROLINA.

Que no quiero que se tire.

LUIS.

Es decir que usted le dará con gusto su mano de esposa?

CAROLINA.

Por no ser homicida.

FERNANDO.

Lo de siempre. La compasion hace en las mujeres más víctimas que el amor.

LUIS.

Ya vé usted, señor don Fernando.

FERNANDO.

Sí, veo, y voy á acabar de un golpe. (A la puerta de la izquierda. Don Narciso!

ESCENA XII.

DICHOS.—DON NARCISO.

NARCISO.

Servidor de ustedes, señores y señorita.

LUIS.

Adios, amigo mio. (Dándole la mano.)

NARCISO.

Este apreton de manos es signo de amistad, esta irrecusable prueba de aprecio me hace feliz, muy feliz, felicísimo.

LUIS.

Gracias.

NARCISO.

Otra mano quisiera yo estrechar entre las mias.

FERNANDO.

Acaso es esta. (Tendiéndole la suya.)

NARCISO.

Mil gracias. (Estrechándola.)

LUIS.

Amigo es (Don Luis le dice significativamente.) usted un hombre que sabe manejar sus asuntos y conseguir sus pretensiones.

NARCISO.

Cómo! La mano de Carolina?

FERNANDO.

Yo se la doy á usted, se la concedo y se la otorgo.

NARCISO.

Ah! (Dirigiéndose á Carolina.)

CAROLINA.

Y el drama se egecútará, se hará y se pondrá en escena.

LUIS.

Y yo lo aplaudiré, lo elogiaré y lo pondré sobre las nubes.

FERNANDO.

Y ahora, qué más se propone usted, señor de Machaca?

NARCISO.

Hacer á mi esposa la más feliz, la más querida, y la más envidiada de las mujeres.

LUIS.

Pues la doy mi enhorabuena, porque usted lo logra de seguro.

CAROLINA.

Lo creo y en cambio le amaré toda mi vida. (Don Fernando los abraza.)

FERNANDO.

Qué te falta, querida? (Viendo á Carolina pensativa.)

CAROLINA.

Quisiera...

NARCISO.

Me entero, me impongo, estoy al cabo de la calle y voy á complacer á usted.

AL PÚBLICO.

Antes que caiga el telon
pedir, es cosa obligada,
un aplauso, una palmada,
un signo de aprobacion.

FIN.

Habiendo sido examinado este proverbio, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 2 de Octubre de 1860.—El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Gaspar y Roig, calle del Príncipe.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.